

CULTURA

Varios ensayos insisten en el carácter ambivalente de un hábito que puede fomentar tanto lo mejor como lo peor del ser humano

El reverso tenebroso de la lectura

SERGIO C. FANJUL, Madrid

Hay cosas impepinables: que la sonrisa de un niño no tiene precio, que el agua de Madrid es excelente y, sobre todo, que leer es bueno. Son tiempos raros en los que muchos ponen en cuestión hasta la esfericidad de la Tierra, pero casi nadie es tan audaz como para poner en cuestión las bondades de la lectura.

Joaquín Rodríguez, autor de los ensayos *La furia de la lectura* (Tusquets) y *Lectocracia: una utopía cívica* (Gedisa), explica: "El humanismo siempre ha creído, un tanto ingenuamente, que la lectura es el instrumento humanizador por antonomasia, el que nos hace más empáticos y bondadosos, más inteligentes y racionales, pero la historia se empeña en demostrarnos que eso no es así, que los usos que se han hecho de la lectura pueden ser tan perversos como benévolos". No en vano, muchos de los jefes nazis, perpetradores de masacres inhumanas, eran refinados lectores, y no pocos poetas han sido necesarios para mantener vivas las llamas de las guerras.

Los dictadores, según explica Rodríguez, entienden perfectamente el valor de los libros, "por eso prohíben la mayoría y permiten solamente aquel o aquellos que garanticen la asimilación y acatamiento de un credo y una consigna. Se lucha por la imposición de un libro único y de una única lectura legítima de ese libro". Este autor muestra cómo regímenes totalitarios, dictatoriales, eclesiásticos, etc., han utilizado la lectura para sus propios fines. Y, sobre todo, sugiere que reflexionemos sobre cómo leemos, y también sobre por qué no leen los que no leen. "No hay nada digno o respetable de manera intrínseca en el acto de leer en sí", confirma Mikita Brottman en *Contra la lectura* (Blackie Books).

La lectura puede ser una actividad edificante y maravillosa, y lo es casi siempre. Pero a pesar de sus conocidas ventajas, la ciudadanía no parece ser tan adicta a la lectura como a otros vicios. Es porque la lectura requiere atención y esfuerzo. En su libro *Sobre el arte de leer* (Plataforma Editorial), el pedagogo Gregorio Luri explica cómo, si bien el habla es una habilidad natural, la lectura no lo es tanto. Rodríguez coincide en que ese carácter adquirido hace fútiles las campañas de fomento de la lectura basadas en la publicidad de ciertas mejoras intangibles, sobre todo ahora que la oferta cultural está fragmentada y es abrumadora. "La unanimidad en torno a la bondad de la lectura puede resultar hasta sospechosa", dice Luri, "lo peor que podemos hacer es convertir la lectura en un ejercicio beato. Dependiendo de qué leas".

Cuenta el pedagogo la anécdota en la que Jorge Luis Borges visitó Barcelona. "No se preocupen, ni todos los libros están hechos



Adolf Hitler lee en un avión en una imagen sin fechar. / GETTY



Ilustración de Don Quijote estudiando un manuscrito medieval. / GETTY

para ustedes, ni ustedes están hechos para todos los libros", dijo el maestro argentino. Hay libros, además, que se han considerado poco recomendables por inmorales y perniciosos. Así lo hacía el maestro jesuita del siglo XVII Francesco Sacchini en *Sobre el provecho y los peligros de la lectura* (Prensas de la Universidad de Zaragoza): "En modo alguno es necesaria para un joven la lectura de libros tan terribles para la vir-

tud, que es absolutamente perniciosa, sencillamente ignominiosa para un hombre cristiano". Se refería, entre otros, a los "fétidos lodos" de Catulo, Tibulo y Propertio, de Juvenal y Plauto.

La lectura no ha sido siempre publicitada como un bien universal. Entre los filósofos de la Antigua Grecia, como se ve en el *Fedro* de Platón, la lectura y la escritura se veían como una traición a la virtuosa tradición oral que ge-

Muchos jefes nazis y dictadores fueron amantes de los libros

Platón veía la escritura como una traición a la transmisión oral

pero, podríamos pensar, algo malo tendrá si todo el mundo la bendice", opina el filósofo Fernando Castro, autor de *A pie de página. Placeres en el desierto de la lectura* (La Caja Books), donde traza una pequeña autobiografía como lector voraz y practicante del "citarionismo", la pasión por la cita como una forma de rendir honores a las fuentes y ser transparente. "Algunos me dicen que es por pedantería, algo de eso también hay", bromea. En cuanto a la lectura, "es como el amor al campo: todo el mundo la alaba, pero no tantos la practican", dice, y recuerda aquella imagen, sospechosa y legendaria, en la que Marilyn Monroe posaba con un ejemplar del *Ulises* de James Joyce. Según el último *Barómetro de Hábitos de Lectura y Compra de Libros* en España, elaborado por la Federación de Gremios de Editores con datos de 2022, un 35,2% de la población no lee nunca o casi nunca. Se puede ver el vaso medio lleno o medio vacío.

Obsesión patológica

"Para mí el mayor problema que surge en torno a la lectura es la lectura obligatoria: le tengo poco cariño a algunos de los libros que me obligaron a leer de niño. Por ejemplo, *El Quijote*, con el que tengo una relación de amor-odio", dice Castro. Borges, una vez más, decía que la lectura obligatoria es una contradicción en los términos. Pero, ojo, si uno lee por placer, unos los máximos placeres que existen, puede dar incluso en el vicio de la bibliofrenia, la obsesión patológica por los libros, tampoco muy recomendable y puede llevar a la muerte, como recoge Joaquín Rodríguez en otro de sus libros, *Bibliofrenia* (Meltusina).

Coinciden varios expertos, como Luri y Castro, en que falta la reivindicación, también, de la escritura y de la retórica. Existe una conexión entre leer bien y hablar y escribir bien, y aunque es habitual que nos conminen a leer con fruición, no tanto a que escribamos o hablemos con cierta pericia y devoción.

Hay un relato que se repite de forma similar en diferentes tradiciones del mundo: un libro mágico, normalmente custodiado por un sabio, cae en manos de un no iniciado (un aprendiz, un criado, una niña) que convoca por error a un genio maligno, con todas sus consecuencias no deseadas. Lo relata Emma Smith en su libro *Magia portátil* (Ariel). "El cuento refleja un temor generalizado según el cual los libros, en malas manos, son poderosos y peligrosos", escribe Smith.

El relato diferencia entre el que sabe manejar el libro y el que no sabe, pero que, algún día, obtendrá un nuevo estatus. El libro, visto así, no es tanto democratizador o inocente propagador de la cultura como "potencial agente disruptivo de las jerarquías sociales". Según Smith, los libros, para bien o para mal, tienen capacidad de acción en el mundo real. Lo confirma Rodríguez: "Necesitamos comprender que la lectura es intrínsecamente ambivalente, que se ofrece para lo mejor y para lo peor, y que solamente insistiendo en su dimensión cívica y política podemos desambiguar su sentido y su orientación".

neraba y transmitía el conocimiento (tal y como dialogaba Sócrates con sus conciudadanos, que luego le mataron). En ocasiones, hay quien ha considerado la lectura como una actividad demasiado abstracta y absorbente y hasta Alonso Quijano se convirtió en Don Quijote porque "del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro".

"Lo cierto es que es difícil encontrarle defectos a la lectura...

